

ENTERRAMIENTOS

A veces se le morían los libros. Como si fueran pájaros que un día amanecían boca arriba con las patas estiradas. La mayor parte de ellos lo hacía de muerte natural. Pero no porque estuvieran viejos. Más bien porque se habían hecho viejos. Sucedió sobre todo cuando, al retomarlos después de un tiempo, en una segunda o una tercera lectura, se le caían de las manos a su dueño. Literalmente además. De manera espontánea, y sin que él pudiera comprender por qué, perdían la sujeción entre sus dedos y chocaban contra el suelo. Seguramente era una respuesta neurológica que le avisaba de su inminente defunción. En el mismo instante en que su cerebro desconectaba de lo leído porque ya no conseguía interesarle, algún mecanismo oculto pero infalible provocaba aquella especie de colapso digital, de consecuencias fatales para la obra: había dejado de estar viva.

De algún modo lo lamentaba, pues libros que le fueron gratos, conmovedores o útiles en un tiempo, de pronto se le habían convertido en nada. Pero no tenía años por delante, ni espacio en los anaqueles de su biblioteca, como para darles más oportunidades...

Los bajaba entonces al sótano con la intención de que los pobres se fueran habituando a su próximo destino de moho y humedad. Y cuando tenía unos cuantos, los enterraba. Siempre lo hacía al amanecer. Con la tierra ablandada por el relente, cavaba una fosa común junto a la tapia cubierta de madreselvas, en un rincón discreto de su enorme jardín. Solía emplear el esfuerzo justo, pues ni su ya avanzada edad ni la poca admiración suscitada ahora por aquellos ejemplares exigía más empeño. Ahondaba, eso sí, hasta conseguir la profundidad necesaria, porque quería evitar a toda costa que una lluvia copiosa pudiera sacarlos a flote. No soportaría ver desperdigadas por el césped páginas que una vez le deleitaron.

A modo de responso les leía un pequeño fragmento de sí mismos, casi siempre del final, porque para eso el autor había querido que terminasen así, y no era cuestión de enmendar la plana al padre de la criatura. Los despedía sin más honores. Y los olvidaba.

Muy raramente daba por muerto un libro atendiendo a otras consideraciones. Si los años o el uso lo deterioraban, dedicaba horas de minucioso trabajo a restablecerle un aspecto parecido al original. Odiaba que las hojas se desprendieran o que se desencuadernaran. Creía en la dignidad de los libros e intentaba devolvérsela. De hecho se había convertido en un restaurador de cierto renombre al que a veces acudían otros bibliófilos como él.

Pero algunas excepciones en su obituario libresco sí se producían. Había obras que le hacían daño, pese a reconocer su calidad literaria. O que le deslumbraban demasiado como para poseerlas. Libros poderosos en exceso, libros a los que le daba miedo volver a asomarse, libros capaces de absorber su mundo y trastocar su calma. Cuando aquello sucedía, también los enterraba. Solo que lo hacía en un lugar preferente del jardín y con mucha mayor solemnidad y emoción. Había encargado a tal efecto una serie de cajas de metal –semejantes a pequeños ataúdes– para que esos volúmenes, sin duda valiosos, no se viesan agredidos por la humedad de la tierra o sus diminutos pero feroces habitantes. De algún modo quería preservarlos. Les construía, además, unas tumbas hermosas, a cada uno la suya. Con epitafios incluidos.

Impresionaba ver aquel luminoso cementerio donde unas pequeñas lápidas ofrecían el propio título del libro como identificación del finado. Jamás se le habría ocurrido inscribir en el mármol el nombre del autor, pues no era cuestión de matar a quien estuviera vivo aún ni de confundir en ningún caso escritor con escritura. Al lado de cada losa plantaba luego un rosal de flores blancas o amarillas. Y daba así por terminado el sepelio. Era hermoso y extraño al mismo tiempo contemplar aquella mezcla de libros muertos y rosas vivas...

Tras la inhumación de estos últimos ejemplares siempre compraba otro para sustituir al enterrado. Era el ciclo de la vida y la lectura. En algún momento pensó incinerarlos, hacer una gran pira con ellos y darlos al aire. Pero aquel acto le habría recordado otras quemas de libros, algunas pavorosamente reales; o de índole ficticia, pero igualmente tristes y ultrajantes. No, prefería ofrecerlos a la tierra. Quizá algún día, cuando él ya no estuviera, alguien pisara aquel jardín. Y quién sabe si, llevado por la curiosidad, desenterraría los cadáveres literarios y devolvería aquellas páginas a la luz.

Hasta entonces, si es que el momento llegaba, asumía como una especie de justicia poética los ecos que provenían del jardín y que a menudo se filtraban por las rendijas de las ventanas impidiéndole dormir: eran las voces de algunos personajes, los más contestarios, los acostumbrados a dominar en sus historias, que se rebelaban contra su suerte y declamaban sus parlamentos en tono estentóreo, para que su asesino los escuchara a modo de penitencia. Él lo aceptaba y, en ocasiones, hasta se conmovía de nuevo con ciertos pasajes y se producía algún indulto. De hecho, acababa de recuperar un poemario de la primera mitad del veinte y una novela del diecinueve. Aún se encontraban en buen estado. Y es que había vuelto a estremecerse con los versos de Alfonsina Storni, a la que oía hablar desde el fondo del mar entre los sonos desgarrados de un bandoneón, con aquel acento de nostalgia rioplatense, siempre herida; y a conmovirse con las vicisitudes de ciertos muchachitos dickensianos de cuyas gargantas famélicas aún brotaban adelgazados sueños en la Inglaterra decimonónica... En el fondo no dejaba de ser un sentimental. Y afortunadamente, como el demiurgo letrado que era, bastaba una palabra suya para resucitar a quien quisiera. Sin olvidar la ayuda, claro está, de la mucho menos sensible pero más práctica pala que aguardaba sus órdenes junto a la tapia de las madresevas...